

Perifonemas

Daniel Cosío Villegas

MÉXICO es sus hombres. Su gloria, su tragedia, su abatimiento, su grandeza o su ignominia es la de sus hijos. Y si éstos viven México vive, y si mueren, muere México. Y muere aún más cuando dejan de existir los que fueran más preclaros, como el maestro Daniel Cosío Villegas.

En él su patria vivió, y por él en la eternidad del verbo escrito quedó perennemente plasmada su esencia. La investigación y reconstrucción del pasado mexicano no fue para don Daniel un mero alarde cultural, sino precisamente la revivificación del pueblo a que pertenecía y en el cual no fue el observador alejado e indiferente, sino el partícipe de su narración. A veces en sus estudios históricos nos parece que habla en primera persona porque México era él.

Y es que cuando se logra esa identificación es porque entre historiador y pueblo había el estrecho vínculo del amor; tan estrecho, que

hace uno de lo que era múltiple. Y pues el amor es vida, don Daniel Cosío Villegas, no obstante su avanzada edad, hasta el último instante mantuvo ese ardor luminoso propio de la juventud. Ese entusiasmo jubiloso de quien está colmado de esperanza y contempla el tiempo sin el terror al fin, sino con la certeza de su continuidad eterna. Y esto es sólo propio de los que se abren a la vida en el albor de sus años.

Apesadumbra su ausencia, y nos abatiría la tristeza si no estuviéramos persuadidos de la inmortalidad del pensamiento. Don Daniel se eternizó en sus escritos, y por la magia del verbo escrito, permanentemente hallaremos en él la exuberancia y juvenil gracia de sus conceptos y juicios. Sólo resta, para realizar cabalmente su eternidad, que sus discípulos, y son muchos, mantengan viva su luz y prosigan los senderos que él marcó, alentados como él por el amor. Amor a México, al que se une el amor al maestro.

Restauración de Escuelas

NO le falta razón al ingeniero Víctor Bravo Ahúja, secretario de Educación Pública, cuando dice que una falta de auténtica solidaridad social es responsable en gran parte de que muchas de las escuelas del Distrito Federal se encuentren en malas condiciones.

No se trata exclusivamente de que las autoridades tengan o no el suficiente presupuesto para reparar los planteles. No hay que pensar que con pagar nuestros impuestos basta. Y que si las escuelas están deterioradas sólo debemos exigir que las arreglen.

La colaboración de los padres de familia, o de los vecinos del barrio aunque no tengan hijos en la escuela, es muy importante en la reparación de los edificios escolares, más por

razones psicológicas que materiales. La liga del ciudadano con el plantel y los maestros que dan instrucción a los futuros mexicanos, gratuita por añadidura, debe manifestarse con la ayuda espontánea para pintar bancas o fachadas o para colaborar en otra forma a mantener el local en buen estado.

Esta unión de la familia con la escuela se inicia desde el momento en que los padres empiezan a ayudar al pequeño a enfrentarse a los problemas del aprendizaje y debe prolongarse en la participación en el manejo de las labores no académicas de la escuela y en la aportación del esfuerzo personal para mantenerla en buen estado.